

Alcance de la Conferencia de Rabat

ROBERTO MESA

DURANTE el pasado mes de octubre han continuado las idas y venidas, cada vez más ineficaces y más impopulares de Kissinger; los laboristas, como era previsible, ganaron las elecciones en Gran Bretaña; la crisis italiana se continúa eternizando, aumentando el marasmo administrativo y multiplicando la tensión política; la nueva sociedad prometida a los franceses por Giscard en las elecciones se disuelve en la nada y crece el descontento social; Portugal prosigue su difícil y continuamente obstaculizado proceso democratizador. En otros continentes, Gerald Ford se presenta ya escuetamente como el «digno» sucesor de Richard Nixon; al Sur, María Isabel de Perón confirma a todos los entendidos la vaciedad del testamento político de Juan Domingo, que abandona, una vez más, a la Argentina frente a su destino de tragedia secular...

En este mes, un octubre ya habitual en los otoños de la política internacional, un hecho destaca con mayor fuerza sobre todo lo demás. Interesa subrayarlo por dos razones: su repercusión mundial y sus posibles efectos sobre España. Nos referimos, evidentemente, a la Conferencia

de Jefes de Estado Arabes celebrada en Rabat.

El primer hecho es el repetido intento de resucitar el viejo sueño de la unidad árabe. Proceso unificador que, en el plano político, es inalcanzable en tanto no desaparezcan las abismales diferencias, en la teoría y en la práctica, que se dan entre los actuales regímenes árabes, que van desde el socialismo iraquí o argelino hasta el feudalismo jordano, marroquí o saudita. Sin embargo, en la preparación de una estrategia conjunta, para la elaboración de una táctica militar y diplomática inmediata, los hombres de Estado reunidos en Rabat han contado con un hecho aglutinador de capital importancia: la causa palestina. Han contado o, más exactamente, como desde hace ya más de diez años, se les ha impuesto con toda su rotundidad. Palestina no es sólo la mala conciencia de los dirigentes árabes y el catalizador revolucionario de los pueblos de Oriente Medio; Palestina, tras Vietnam y el proceso liquidador abierto en las colonias portuguesas de África, se ha convertido, por derecho propio, en el símbolo de todas las injusticias y de todas las depredaciones a que puede ser sometida una comunidad nacional.

La Organización de Liberación de Palestina (OLP), que tan denodadamente ha mantenido la lucha contra el imperialismo en su propia patria, ha conseguido últimamente una serie de resonantes triunfos diplomáticos; el último, por ahora, la invitación que ha recibido de la Organización de las Naciones Unidas para presentarse ante la Asamblea General; presentación que, de no mediar imprevistos, tendrá lugar a mediados de noviembre. La consecuencia previsible será el reconocimiento por buena parte de Estados no árabes del futuro Gobierno Provisional Palestino, sea cual sea el título que adopte. El pueblo palestino, que desde 1948 sólo era un puñado de refugiados, recibe ahora la titulación y la legitimación internacional. Un hecho análogo al que sucedió a finales de 1968, en París, cuando el Gobierno Provisional Revolucionario de Vietnam del Sur alcanzaba el derecho a participar en las negociaciones de paz sobre su misma patria.

CIERTO que el acontecimiento no irá desprovisto de esos arreglos ideológicos. El pueblo palestino y su Resistencia, formada por distintos grupos políticos, no comparte una opinión unánime a este res-

pecto. Algunos ven en esta nueva etapa de la lucha una renuncia a planteamientos revolucionarios; e, incluso, más de uno ha dicho que los héroes están fatigados y que llega la hora de la desaparición de los líderes históricos. Estimamos que el análisis no es tan terriblemente simple; se trata de algo mucho más complicado. Sencillamente: el inicio de una nueva etapa, política y diplomática que, sin abandonar la verdad de la lucha armada, exige una mayor preparación ideológica y una astucia mucho más refinada. Es un hecho irreversible el reconocimiento internacional del pueblo palestino, y, en consecuencia, éste debe asumir la nueva fase que se abre en la realización de su destino histórico. Los peligros, ciertamente, existirán; y son todos los que proceden de las tentativas, en ningún modo nuevas, de doma y sujeción en un corso político del ímpetu palestino.

JORDANIA está acorralada por los países árabes. Israel se encuentra cada vez más aislada en las Naciones Unidas; ante ella se abre la perspectiva diplomática del Portugal salazarista o de África del Sur (aunque siempre habrá tres potencias occidentales que, en última instancia, exhiban el veto en el seno del Consejo de Seguridad). Pero el peligro, repetimos, existe en la parquedad de lo que se ofrece, y no por todos, a Palestina: Cisjordania y, posiblemente, la banda de Gaza; muy poco y muy inseguro para un Estado palestino; sin embargo, una mínima base territorial desde la que actuar en el futuro; una plataforma propia que no habían tenido los palestinos desde 1948.

Hay algo más grave en todo el clima que ha seguido a la conclusión de la Conferencia de Rabat: la preparación de un ambiente psicológico militar. Se habla muy insistentemente de la Quinta Guerra de Oriente Medio. Parece como si los palesti-

nos se vieran abocados otra vez más a la violencia para alcanzar de una forma discutida el reconocimiento de sus derechos. Israel se mantiene en su postura dilatoria en las negociaciones; ciertamente, para ella los palestinos no existen; pero es que, desde que se iniciaron las ahora interrumpidas negociaciones de Ginebra, el Gobierno de Tel-Aviv se ha dedicado incesantemente a sabotearlas. Y en ningún momento se ha dignado admitir la Resolución 242 del Consejo de Seguridad (noviembre 1967), en la que se le insta a que devuelva los territorios ocupados durante la Tercera Guerra de Oriente Medio (junio de 1967). No sólo Palestina, sino Egipto y Siria se ven movilizados a las armas; porque, no se olvide, el mantenimiento de Israel en Oriente Medio se basa en el ejercicio de la violencia, en su perpetración de una agresión permanente, ininterrumpida. Incluso para Hussein de Jordania, el confrontamiento militar posible pudiera ser una baza que jugar en su actual situación desesperada.

PARA colmar la tensa situación existente en Oriente Medio, ya se han alzado voces, entre otras la del dominicano Juan Bosch, que afirman que el capitalismo necesita urgentemente de una guerra para salir de la gravísima crisis en que se encuentra. Desgraciadamente esta tesis, en más de una ocasión, la historia se ha encargado de confirmarla.

Ahora bien, el meridiano de Rabat, en esta ocasión, como en tantas otras y las que aún quedan por venir, también ha pasado por Madrid. El Gobierno español mantiene, desde 1946, año de la condena del régimen por Naciones Unidas, una «secular» amistad con los pueblos árabes. Lazos de afecto anudados por débiles apoyos materiales; tan débiles que no re-

sisten, lógicamente, el embate del fenómeno descolonizador.

EL pasado mes de julio, Madrid anunciaba el propósito de conceder un estatuto interno especial a la hasta ayer provincia del Sahara, hoy tímido Sahara español, y ya, en boca de más de un comentarista, Sahara Atlántico. No podemos entrar, pues no es el lugar y el debate aún se halla abierto, en el examen del fondo jurídico y político de la cuestión. Sobre el Sahara ocupado por España pesan múltiples resoluciones de las Naciones Unidas que preconizan la aplicación de un referéndum con el objetivo de que la población saharauí se autodetermine. Madrid anunció en septiembre que la consulta se llevaría a cabo en los primeros seis meses de 1975. Sin embargo, Marruecos ha dado un giro diplomático a la cuestión y ha propuesto la petición de un dictamen al Tribunal Internacional de Justicia de La Haya. En la Conferencia de Rabat todos los países árabes han apoyado la propuesta marroquí; a la que ya se han sumado muchos estados africanos y a la que, a ciencia cierta, se agregarán otros países del Tercer Mundo. No es imprevisible, ni mucho menos, que las Naciones Unidas acaben aceptando este criterio.

A nadie se le oculta que lo que realmente se debate es la riqueza minera de la zona: fosfatos, hierros y las prospecciones petrolíferas ya iniciadas, a más de un litoral de una considerable abundancia pesquera; España y Marruecos, junto con Argelia y Mauritania, aparte algún otro país más alejado geográficamente, están interesados en la «autodeterminación» de los saharauís. Tiempo habrá, cuando la IV Comisión de la ONU se manifieste, de volver sobre el tema. Por ahora, téngase presente que la solidaridad árabe, tan eficaz en la pasada crisis del petróleo, puede hacer sentir su peso en relación con los fosfatos de Bu-Craa ■